

Manu sostiene delicadamente la mano de Mónica mirándola a los ojos.

De ellos brotaba no sólo una luz cegadora, sino algo más.

Poesía.

¿Sería eso?

Cada mirada, cada gesto, estaban llenos de armonía.

Pero había algo más.

Se trataba de un elemento esencial de la naturaleza, que unido al fuego del deseo, a la tierra que pisaban y al aire que respiraban, daba como resultado el todo con mayúsculas.

Nada más completo podía existir en el mundo.

La belleza que hasta entonces había adorado en las mujeres, resultaba ridícula comparada al halo de beatitud que rodeaba a aquella joven.

El rostro, su tersura, superaba a la de las rosas, y adquiría, por efecto del amor, ligeros matices rosados.

Sus labios, tras el primer beso, se encontraban rabiosamente encarnados.

La delicadeza de sus manos...

Ay, esos dedos afilados se le clavaban como agujas sobre la piel con tan solo mirarlos. Cerrando ligeramente los ojos, se imaginaba aquellas delicadas manos tocando las teclas de un piano que era en realidad su propio cuerpo anhelando emitir una dulce música celestial.

Esas manos, pequeñas, delicadas como palomas blancas, hacían crecer alas en su costado con solo admirar su gracilidad.

El deseo absoluto, programado para funcionar eternamente, para perdurar por los siglos de los siglos, acababa de declararles marido y mujer.

Podría pasarse la vida entera deleitándose contemplando su silueta de contornos que parecían trazados por la mano de un genio.

La figura de aquella mujer parecía haber sido creada para hipnotizar como los ojos de una serpiente.

Belleza, pura naturaleza.

Conceptos paganos como verdad y bondad, frente a ella, resultaban ofensivos como el pecado.

Por ser ateo, el sexo nunca había representado para él ningún problema.

En general en su país no existían tantos tabúes respecto al deseo carnal.

En su país, afortunadamente para ellas, las mujeres desplegaban su artes de seducción sin reparo, mientras que aquí tan sólo si los hombres las remuneraban a cambio.

La coquetería representaba sin duda una de las cualidades más sobresalientes de la cultura francesa.

El coq, el gallo, había contagiado su don de la seducción a las hembras.

El deseo sexual real devenido simbólico, determinaba la complejidad social e intelectual de su cultura.

Ellos y ellas jugaban con las mismas armas, mientras que en España no era así.

Aquí las mujeres sólo podían seducir a un único gallo, como las moras, y dentro del corral, lo cual le parecía terriblemente injusto y de un machismo extremado.

Sin embargo, quién iba a decirle que en el país de la inquisición y de los talibanes católicos fuera a encontrar a una mujer libre de amar a quien ella se le antojara.

Sus iris eran realmente dorados, color miel.

Además de ellos brotaba fuego, y agua también.

Agua que brota de tus ojos para para apagar la sed de tu boca, le susurra mientras sostiene su mano, al tiempo que su propia imagen se refleja en la superficie acuosa de su dulce y penetrante mirada.